

HÉLENE
CARRÈRE D'ENCAUSSE

SEIS AÑOS QUE CAMBIARON EL MUNDO

1985 - 1991

LA CAÍDA DEL IMPERIO SOVIÉTICO



Ariel

Hélène Carrère d'Encausse

Seis años que cambiaron
el mundo

1985-1991, la caída del imperio soviético

Traducción de Ana Herrera

Ariel

Título original: *Six années qui ont changé le monde*

Publicado originalmente por Éditions Fayard

1.ª edición: septiembre de 2016

© 2015, Librairie Arthème Fayard

© 2016, de la traducción, Ana Herrera Ferrer

Derechos exclusivos de edición en español
reservados para todo el mundo
y propiedad de la traducción:

© 2016: Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664 - 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN 978-84-344-2400-5

Depósito legal: B. 24.005 - 2016

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro
es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Índice

A modo de prefacio	7
Prólogo	9

PRIMERA PARTE LA REVOLUCIÓN DE GORBACHOV

Capítulo I. Gorbachov, el brillante	23
Capítulo II. ¿Continuidad o transición?	35
Capítulo III. ¿Hacia un desmantelamiento del sistema soviético?	49
Capítulo IV. Acabar con la guerra fría	79

SEGUNDA PARTE TRIUNFO DEL «DERECHO DE LOS PUEBLOS»

Capítulo I. La rebelión de las naciones	95
Capítulo II. El fin del imperio «exterior»	127
Capítulo III. La segunda muerte de Lenin	147

TERCERA PARTE
LA MUERTE DE LA URSS

Capítulo I. La carrera hacia el abismo	191
Capítulo II. El golpe de Estado. ¿Un puñado de golpistas?	217
Capítulo III. ¡La URSS ha muerto, viva la CEI!	245
Epílogo	275
Notas	353
Orientación bibliográfica	367
Índice temático	373

Capítulo I

Gorbachov, el brillante

Chernenko murió el 10 de marzo de 1985. El mismo día el Politburó se reunió para debatir su sucesión, y al día siguiente ya había tomado una decisión. Convocado a toda prisa, el Comité Central aprobó la proposición que presentó el ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Gromiko. El nuevo secretario general se llamaba Mijaíl Gorbachov. Gromiko lo presentó así: «Es capaz de encontrar siempre soluciones que corresponden a la línea del partido». Así tranquilizaba al aparato del partido, dominado desde hacía años por unas cuantas momias. Pero una frase de Andréi Sájarov, entonces exiliado en Gorki, iluminaba con una luz totalmente distinta al nuevo *Gensek*. Al anunciarle su nombramiento, dijo a su mujer, Elena Bonner: «Por primera vez desde hace muchos años tenemos un dirigente del cual no tendremos que avergonzarnos». Poco después, dirigiéndose a sus «ángeles de la guarda del KGB», añadía: «El país tiene una oportunidad: por primera vez desde hace mucho tiempo tenemos un dirigente inteligente». Andréi Grachov, que fue el colaborador más cercano de Gorbachov, al transmitir esas frases comentaba: «Me recuerda a Jruschov, pero un Jruschov que hubiera hecho estudios superiores».¹

Un dirigente del cual la elite no tenía que avergonzarse, un hombre inteligente, un Jruschov educado: empece-

mos por ahí e intentemos averiguar, como hicieron todos los soviéticos, escrutando con pasión a ese personaje, quién era Gorbachov, el hombre.

El primer dirigente del que no nos tenemos que avergonzar

Gorbachov, separado del poder en 1992, desde entonces ha escrito con gran cuidado sus memorias, que fueron traducidas en el mundo entero. Sus más íntimos, desde su esposa Raisa a sus colaboradores Grachov, Cherniaiev, Yakovlev (su inspirador en muchos asuntos), los autores de innumerables biografías que van desde la hagiografía pura y dura al ajuste de cuentas, todos han hablado de Gorbachov. Sin embargo, es necesario pintar aquí su retrato, porque como prueban los comentarios de Sájarov, en aquellos años decisivos su personalidad tuvo un papel considerable. Su biografía personal es a la vez ejemplar del *Homo sovieticus* y reflejo de la desgracia de los soviéticos.

Mijaíl Gorbachov nació el 2 de marzo de 1931 en la región de Stávropol, en los confines del Cáucaso, siempre convulso. Su familia, tanto paterna como materna, era de origen campesino. La región natal de Gorbachov era entonces un paraíso de la agricultura, al menos hasta que Stalin intervino para transformar el mundo rural en un vivero inagotable de recursos y de mano de obra —obreros o presidiarios— explotados sin límite por el Estado. La biografía oficial de Gorbachov, la que acompañó a su ascensión, describe unos «orígenes de campesinos pobres»; un compromiso en la vida del koljós, un padre que era comunista honrado, lector asiduo del *Pravda* y técnico agrícola, es decir, una especie de aristócrata del koljós. Durante la guerra, ese padre fue suboficial en el ejército soviético y tomó parte en todas las grandes batallas, sobre todo la de Kursk, escapando a la muerte por milagro. En suma, la biografía de Gorbachov revela unos orígenes proletarios perfectos.

Pero un componente de esa biografía que ha quedado mucho tiempo en la sombra cuenta una historia distinta. Sus dos abuelos fueron enviados a los campos de concentración en 1934, uno por «sabotaje» agrícola, otro por «actividades contrarrevolucionarias trotskistas» cuando era presidente del koljós. El arresto en plena noche de este último, ante los ojos del pequeño Mijaíl, perturbó profundamente al niño. En la casa de este abuelo reinaba sin duda una cierta tolerancia. La abuela, que había hecho bautizar a su nieto —contra la voluntad del padre y del abuelo—, conservaba algunos iconos. Pero estos se encontraban más o menos enmascarados por los retratos de Lenin y Stalin, así como folletos de grandes antepasados y de un cierto número de bolcheviques todavía vivos en los años treinta, Kalinin el primero.

Nieto de dos enemigos del pueblo, podemos interrogarnos sobre los motivos que encontró Gorbachov para ocultar ese pecado original a aquellos que decidirían cada etapa de su destino. Se sabe que la *khakteristika* que se tenía en cuenta por parte del poder para autorizar el acceso a la universidad, al partido y a toda función de autoridad atendía mucho a los orígenes. Pero a pesar de esos orígenes «poco respetables», Mijaíl Gorbachov fue admitido en 1950, en pleno período estalinista, en la Universidad de Moscú, y después en el partido en 1952. Ese recorrido sugiere que estaba dotado de una gran flexibilidad intelectual y de una cierta capacidad de disimulo. Asegura en su biografía que al entrar en el partido tuvo que «explicar toda la historia de mis abuelos, hasta los menores detalles». Que el partido hubiera descuidado informarse mejor es algo que sorprende, y que no nos resulta del todo verosímil. No le culpemos: el sistema soviético exigía para sobrevivir tales rasgos de carácter, y Mijaíl Gorbachov salió airoso.²

Ciertamente, esas cualidades le ayudaron, pero antes que nada le ayudó su inteligencia, reconocida por Sájárov. En el mismo período, durante sus años de estudios, conoció a una brillante estudiante de sociología (¡más exactamente,

de ideología!) de nombre Raisa, con la que se casó el 7 de noviembre de 1953. Ella también tenía una «mancha negra» en su biografía: un abuelo detenido en 1937 por propaganda contrarrevolucionaria en el koljós, y ejecutado después de un juicio sin apelación pronunciado por una de aquellas «troikas» que causaron estragos en los años más terribles. Esa mancha no perjudicó tampoco a Raisa, que incluso durante un tiempo enseñaría marxismo-leninismo.

El currículo rápido de dos jóvenes vidas no debe disimular lo esencial, lo que justificaría las frases de Sájarov en 1985. En primer lugar, Mijaíl y Raisa eran estudiantes brillantes de la prestigiosa Universidad de Moscú, donde enseñaban —a menudo en la lengua de Esopo— maestros muy notables. Se sentían muy unidos a sus condiscípulos, cuya libertad de espíritu se manifestaría más tarde, cuando fuera posible, pero cuyo trato y amistad solo podían enriquecerlos. La elección de los compañeros de los años cincuenta testimonia en Mijaíl y Raisa una aspiración a pensar por sí mismos. ¿Cómo no evocar a algunos de ellos? El checo Zdenek Mlynar, uno de los líderes del socialismo con rostro humano de Praga a finales de los años sesenta; el filósofo georgiano Merab Marmardashvili, gran especialista en Descartes y gran europeo, o Yuri Levada, que se convertiría en uno de los fundadores de la técnica de los sondeos en la URSS de Gorbachov... Juventud a la vez conforme al modelo soviético, pero también abierta a lo que la *doxa* soviética prohibía. Leían a Pasternak, el autor maldito y proscrito después de que se le concediera el Nobel, recitaban poemas de Anna Ajmátova, prosiguiendo al mismo tiempo un recorrido profesional y político irreprochable. En realidad eran representativos de la juventud ilustrada de aquellos años plúmbeos: sabían que su destino dependía de su aparente adhesión al sistema, y a menudo se convertían incluso en portavoces suyos, pero imaginaban también, confusamente, otras vías.

En 1956, la desestalinización aportó respuestas a las preguntas que ellos no osaban hacer abiertamente. Mijaíl

Gorbachov, cuando evoca el «Informe secreto» y todo el período Jruschov,³ se muestra fascinado. Constata la necesidad de reconocer lo que fue el régimen estalinista y sus crímenes (¿acaso él mismo no fue una víctima también?), pero razona mucho en términos de lucha y de poder, subrayando la voluntad de Jruschov de eliminar a sus opositores en 1956 y su fracaso en 1964, que explica por su debilidad frente a sus rivales. Gorbachov comprendió y retuvo de ese período lo que fue el drama de Jruschov, que causó su caída. Quería reformar el sistema, sabía que era necesario, pero chocó con un Partido Comunista que defendía encarnizadamente su papel y su lugar en el corazón del sistema soviético. Gorbachov escribiría a ese respecto: «Está claro que su objetivo [el de Jruschov] no fue jamás combatir el papel dirigente del partido; solo quería modernizarlo y reducir su monopolio sobre la sociedad. Pero chocó con una resistencia encarnizada que le condujo finalmente a su derrota». Hay que tener presente este análisis, ya que aclara determinadas decisiones de Gorbachov y su comportamiento a finales de los años ochenta. En 1961, su carrera política dio un giro crucial. Fue delegado de su región en el XXII Congreso del PCUS, que decidió retirar a Stalin del mausoleo al término de una intervención esperpéntica, muy significativa del carácter a menudo irracional de los actos solemnes comunistas. En el transcurso de ese congreso que reunió a más de 5.000 miembros que no imaginaban que iban a tocar la momia de Stalin, una vieja bolchevique que había conocido las prisiones zaristas y los campos soviéticos declaró en la tribuna que Lenin se le aparecía por la noche exigiendo que se le «desembarazase» de Stalin.⁴ Así fue como se tomó una decisión que conmocionó a muchos soviéticos de la época. Con ese episodio y ese congreso empieza la vida de *apparatchik* de Mijaíl Gorbachov, la que le conduciría al cabo de dos décadas a las puertas del poder supremo.

¿Un *apparatchik* distinto de los demás?

Tras haber acabado brillantemente sus estudios superiores, Gorbachov volvió a Stávropol, su región natal; Raisa le acompañó y allí fue donde enseñó marxismo-leninismo. Gorbachov trabajó para el partido, en su seno; sería este el marco de su ascensión.

En los primeros tiempos se encontró a la sombra del jerarca de la región, Fiodor Kulakov. Este era un gran especialista en agricultura, nombrado secretario del Comité Central en 1965, es decir, que se dirigía hacia el Politburó. Como su jefe, Gorbachov se dedicó a los problemas agrícolas —en su región, la agricultura ocupaba un lugar fundamental—, y el equipo Bréznev-Kosiguin que reemplazó a Jruschov dedicó a ese sector una atención particular. Añadió entonces a sus cursos universitarios una especialización y un diploma en ese terreno. Al año siguiente, cuando tenía solamente treinta y cinco años, fue nombrado primer secretario del partido de la villa de Stávropol. Entonces comenzó su ascenso, y se le exigió que manifestase una fidelidad absoluta a la línea del partido. En agosto de 1968, los carros de combate soviéticos entraron en Checoslovaquia; fue la muerte de la Primavera de Praga. Todas las organizaciones del partido, todos sus miembros, debían aplaudir esa demostración de la «doctrina Bréznev», y Gorbachov no faltó. El texto votado bajo su autoridad por el Gorkom de Stávropol «aprueba las medidas firmes y necesarias tomadas para defender los derechos adquiridos del socialismo en Checoslovaquia». El episodio se relata sin demasiada emoción en las memorias de Gorbachov.

Esa flexibilidad explica la progresión continua de nuestro héroe en la jerarquía comunista. En 1970, Gorbachov fue promovido como primer secretario de la región de Stávropol, y se convirtió de una manera natural en miembro titular del Comité Central. Con cuarenta años ya era una gran promesa para el porvenir. Bréznev estaba todavía

activo; había visto y apreciado al hombre de Stávropol, y se dedicó a utilizarlo de la mejor manera posible. Si le conocía bien se debía no al azar, sino a la geografía. La región de Stávropol es célebre por sus villas con aguas termales, donde los dirigentes soviéticos iban a buscar el reposo y recuperar la salud. Les gustaba especialmente pasar el tiempo en Mineralnye Vody, estación termal donde se reunían todos los capítostes del partido: Bréznev, su primer ministro Kossiguin, acosado por los problemas económicos del país, y el poderoso jefe del KGB, Andrópov. El joven Gorbachov, en su función de primer secretario de la región, debía velar por estos agüistas excepcionales. Los acogía, los colmaba de atenciones. ¿Cómo no ser sensibles a sus cualidades?

Desde entonces Gorbachov empezó a ser considerado una esperanza, una estrella en alza del partido. Especialista apreciado en agricultura, un sector muy difícil desde que Stalin lo destruyó, Gorbachov recibió la propuesta en 1978 de la sucesión de aquel que hasta entonces había sido su protector, Fiodor Kulakov, desaparecido inesperadamente a los sesenta años. Ciertamente, una promoción semejante no era lo más habitual: Kulakov era secretario del Comité Central y miembro del Politburó, y los candidatos a su sucesión no faltaban. En la cumbre del partido, Bréznev, Andrópov y Súslov, el gran ideólogo del partido que desaparecería cuatro años más tarde, velaban por la elección que se iba a realizar, atentos a no hacer avanzar a algún personaje demasiado ambicioso que se apresurase a empujar a un lado a la vieja generación. Finalmente, ganó Gorbachov. Fue nombrado secretario del Comité Central, se instaló en Moscú y, dos años más tarde, entró en el Politburó, el sanctasanctórum, del cual sería el benjamín. Realmente podía dar miedo a aquella asamblea de ancianos que veían aproximarse su fin y se preguntaban quién accedería al poder después de Bréznev. Desde luego, no un hombre demasiado joven, pensaban. La vieja generación se solidarizaba en aquel punto del que dependía su supervivencia. Por

consiguiente, sus sufragios fueron a parar a tres hombres: Súslov, que durante un tiempo daría la imagen de delfín, Andrópov y el casi doble de Bréznev, Chernenko, el único en el cual el *Gensek* tenía confianza realmente. La muerte de Súslov en 1982 dejó solos a Andrópov y Chernenko. El primero inquietaba a sus colegas. Relativamente joven, con solo sesenta y siete años, debido a su posición al frente del KGB disfrutaba de un poder considerable. Pero tenía fama de conocer el mundo (siempre desde el KGB) y los dos hombres que, en el Politburó, encarnaban la potencia exterior de la URSS —el mariscal Ustinov, ministro de Defensa, y Andréi Gromiko, ministro de Asuntos Exteriores— defendían su candidatura. A la muerte de Bréznev, gracias a ellos fue el elegido. Un cálculo pésimo, según hemos visto: su breve reinado, y después el del inevitable Chernenko, que no lo sería menos, abrieron de nuevo la cuestión de la sucesión en 1985.

¿Quién entonces? Solo los «jóvenes» del Politburó parecían capaces de evitar que el país se eternizase en una grotesca sucesión de ceremonias fúnebres. Tres hombres estaban entonces en liza. Parecía que dos podían llevar las de ganar en razón de las posiciones que ocupaban: Grigori Romanov, que había sido primer secretario de la región de Leningrado, y Viktor Grishin, que ocupaba el mismo cargo en Moscú. Gorbachov, el más joven, todavía tenía la imagen de un *outsider*. Pero Romanov se hizo notar de una manera muy desagradable en Leningrado al romper la vajilla de Catalina II en el curso de unas escandalosas borracheras. En cuanto a Grishin, no era tan joven —setenta años— y un informe en que se lo acusaba de corrupción apareció muy oportunamente. Quedaba, por tanto, el más joven de los tres, el brillante Gorbachov, que contrariamente a sus competidores, había conseguido superar todos los obstáculos y no arrastraba tras de sí escándalo ni informe comprometedo alguno. Su reputación era inmaculada, y cada vez iba asumiendo más responsabilidades. Al iniciarse el año 1985,

aparte de sus funciones en las cumbres del partido, había sido elegido presidente de la Comisión de Asuntos Extranjeros del Sóviet de la Unión, cosa que le permitió viajar y descubrir el mundo, pero también a que el mundo le descubriera a él. Los kremlinólogos del mundo entero seguían con pasión los movimientos, frases y situación de aquel joven y seductor *apparatchik* que contrastaba tanto con aquellos que todavía ostentaban el poder. Empezaron a apostar por él en la URSS y fuera de ella. Chernenko, muy débil ya, se acostumbró a confiar en el benjamín, a apoyarse en él, y el 7 de noviembre de 1984 le colocó a su derecha en la tribuna. Es cierto que le debía algo de reconocimiento ya que, en abril del mismo año, cuando Chernenko fue elegido a la cabeza del Estado —es decir, presidente del Presídium del Sóviet Supremo— para suceder a Andrópov, fue, precisando los documentos oficiales, «según propuesta de Gorbachov». El brillante joven supo pasar así del respaldo de Andrópov, que le protegía desde hacía mucho tiempo, al apoyo de Chernenko. A menudo se presentaba como brazo derecho del nuevo *Gensek*, y parecía su candidato a la sucesión. Pero la protección de Chernenko, tan débil, tan poco respetado, seguramente no bastaba para la promoción última de Gorbachov. Habría de beneficiarse de dos voces que contaban en el partido: las de Gromiko y Ustinov. Los viajes al exterior los habían convencido de que, si había llegado la hora del cambio de generación (Gromiko esperó durante un tiempo que le llegaría el turno a él, pero comprendió que aquella esperanza era vana), Gorbachov podía ser el candidato que mejor representase su interés común. Desde luego, hubo negociaciones, y Gorbachov prometió a Gromiko a cambio de su apoyo (fue él quien propuso su candidatura) mantenerle en su puesto de ministro de Asuntos Exteriores. Aquel 11 de marzo, ¡qué éxito! Mijaíl Gorbachov había acabado su recorrido sin sufrir un solo fracaso.⁵

Con cincuenta y cuatro años se convirtió en jefe de la URSS. El tiempo de los vejestorios impotentes que domina-

ban el país había concluido. De repente, quedó sustituido por la imagen de una juventud insolente. Y ya sabemos que Gorbachov tenía casi como divisa una frase que los soviéticos repetían desde el fondo de su corazón: «Ya no se puede vivir así».

Un nuevo estilo

¿Qué sabían sus compatriotas de aquel hombre nuevo, promovido de pronto a la cabeza del terrible imperio soviético que, a pesar de su notorio anquilosamiento y sus debilidades, seguía espantando al mundo? ¿Qué sabía el mundo exterior?⁶ Las biografías que se hicieron públicas a la hora del triunfo no le adjudicaban más que el extraordinario recorrido cumplido desde Stávropol. Se ignoraba todo aún sobre el hombre mismo, sus ideas, su naturaleza. Su triunfo sugería, sin embargo, que estaba hecho a la imagen del sistema soviético, puesto que sus pares le habían elegido para ponerse en cabeza, y por tanto, que el sistema seguiría existiendo y funcionando como lo había hecho siempre.

Aunque Gorbachov seguía siendo poco conocido y misterioso, lo que percibieron y saludaron desde marzo de 1985 el mundo y sus compatriotas fue un estilo nuevo. El hombre era a la vez corriente y notable. Con la cara redonda, de estatura mediana, llamaba la atención por la mancha de nacimiento que marcaba su frente. La cantante Galina Vichnévskaya, expulsada de la URSS con su marido, el violoncelista Mstislav Rostropóvich, decía a quien quisiera escucharla: «Esa marca es la señal del anticristo». Pero Gorbachov no tenía aspecto de *apparatchik* clásico, sino que parecía un occidental, y también Raisa, guapa y elegante, destacaba sobre todas las mujeres de los dirigentes soviéticos. Sus compatriotas descubrieron a su nuevo *Gensek*, pero también a una pareja joven, encantadora, manifiestamente armoniosa. Descubrieron sobre todo que la esposa existía y

que ejercía un papel activo junto a Gorbachov, que compartía sus preocupaciones, le aconsejaba y era respetada por su marido. ¡Qué diferencia con las matronas prematuramente envejecidas y descuidadas, tapadas más que vestidas, que los dirigentes soviéticos solo exhibían raramente!

¡Qué cambio para todas las mujeres soviéticas! La revolución proclamó la igualdad de las mujeres con los hombres, eso es cierto, pero esas mujeres no tenían derecho a consideración más que una vez al año, el 8 de marzo, Día de la Mujer. El resto del tiempo debían asumir las tareas más pesadas, hacer cola interminablemente para alimentar a sus familias y sufrir la brutalidad de unas parejas con frecuencia alcoholizadas. En una palabra: la vida de las mujeres en la URSS era, en general, un infierno. La aparición de Raisa, las atenciones que le prodigaba Mijaíl Gorbachov, el respeto que le testimoniaba, eran una verdadera revolución. Esa pareja estaba hecha a la imagen de los sueños de las mujeres soviéticas. Algunas películas americanas toleradas por el poder les habían enseñado parejas normales pero bien vestidas, bien alojadas, aparentemente felices, y para ellas se habían convertido en un ideal inaccesible, pero que las consolaba de la vida real. El estilo de la pareja Gorbachov —que ya había asombrado a aquellos que los habían recibido en el curso de sus periplos por el extranjero, en Francia o en Canadá— impresionó favorablemente a sus compatriotas. Se añadía a ello la revolución de la palabra. La educación superior recibida por Mijaíl y Raisa, en Moscú, hacía que se expresaran en ruso, más que en «lengua soviética». Escapaban casi del todo al acento típico soviético que había alterado una lengua muy musical bajo los efectos de la proletarización de los campesinos, al traslado forzoso de poblaciones y también la caída del nivel educativo de la elite política.

La pareja Gorbachov hacía soñar. Quedaron olvidados en un instante Bréznev, Chernenko y otros dirigentes que presidían en solitario, ya que las mujeres estaban excluidas

de todas las conmemoraciones soviéticas. Parecía abrirse una nueva época sencillamente porque dos seres todavía jóvenes y encantadores encarnaron de pronto a un país desmoralizado. No era solo el nuevo *Gensek* «que no avergonzaba» a su país, sino una pareja que parecía anunciar tiempos nuevos.